

## “ASTA” LA INMORTALIDAD

Provengo de unas de las familias más numerosas del mundo. Por no decir la más grande. Algunas como yo somos elegantes y sobrias damas, mientras que otras son más estrafalarias. Hemos estado en los rincones más inhóspitos y escondidos de nuestro planeta como también en los más tradicionales e importantes. Hemos sido parte de los acontecimientos más trascendentales de nuestra historia. Hemos visto naciones enteras desmoronarse hasta sus cimientos y presenciado cómo otras vuelven a erigirse, con nosotras a la cabeza, siempre altas, estoicas y orgullosas. Hemos representado a cientos, miles e incluso millones y discriminado a otros tantos. Muchos nos aman, otros nos odian. Hay quienes pelean por nuestro honor, sacrificando incluso su propia vida. Hemos dado un último y cálido abrazo a los personajes más influyentes de nuestra historia al dejar éstos su existencia terrenal. Algunas de mi familia han muerto calcinadas hasta las cenizas o mutiladas sin compasión, mientras otras han tenido una vida más privilegiada, alejadas de toda esa crueldad y sinsentido. Como yo, que he vivido mi vida en un país tranquilo como Chile y en una localidad más quieta aún como lo es Pelluhue.

Me encuentro hace 22 años en esta preciosa ciudad costera de la séptima región, donde he visto a muchos crecer, desarrollarse y dejarnos. Siempre me preguntaba el porqué, a diferencia de otras familiares no me había tocado estar en algún lugar remoto, paradisíaco, idílico dentro de nuestro globo o por qué tampoco había estado presente en algún momento trascendente. Mi vida se había desarrollado con una cierta pasividad rutinaria, lo que siempre me molestó un tanto. Sentía que deseaba algo más de la vida, un poco más de excitación si se quiere, como la que habían sentido algunas de mis familiares. No sabía lo que me esperaba....

Año tras año vemos cómo nos invaden cientos y miles de turistas en la época veraniega para disfrutar de nuestros lindos paisajes y agradable pueblo agrícola. No fue la excepción este año 2010. Día a día transcurría nuestro verano y se acercaba esa fecha que tanto resistimos pero que siempre llega. El fin del verano.

Díganme paranoica, pero algo distinto sentí este año. No se qué. El viento me golpeaba y sacudía más fuerte, el calor que me azotaba era más intenso, el mar estaba más calmo. No sabría decir qué fue.

El último fin de semana de Febrero llegó más gente de lo usual a mi pequeña localidad, quizás para exprimir esa última gota de relajo y despreocupación que nos permitimos en un buen tiempo.

Era viernes 26 de Febrero y el día se desarrollaba dentro de una veraniega normalidad. Unos surfeaban, otros estaban recostados tomando los últimos rayos de sol que podían, padres vigilaban a sus hijos mientras éstos se bañaban en el mar y otros simplemente vagaban al parecer sin ningún rumbo. Todo parecía tranquilo. Cerca de las 3 de la tarde me estremecí un tanto al sentir un inusual remezón a mis pies que duró un par de segundos, imperceptible para aquellos que disfrutaban subsumidos en sus propios pensamientos. Quizá al estar yo en altura confundí dicho movimiento con alguno cotidiano. Lo que nadie sabía era que se trataba de un presagio de lo que horas más tarde vendría. Un presagio que nadie atendió...

Ya llegada la noche y con ella el fin de ese seco y caluroso viento que me azotaba, recibí ansioso aquel momento que tanto disfrutaba. Ese momento de total calma en el pueblo, en el cual aparecen las estrellas que me iluminan con gran esplendor y aquella frescura que tanto se aprecia luego de un largo día de verano. Mientras disfrutaba de todo esto, me sumergí en un profundo sueño. En algún momento de esa noche me desperté de manera estrepitosa. Un fuerte viento me sacudió de un lado a otro sin

control y sentí un gran estruendo en mis pies que se acercaba. Algo venía. Unos segundos después sentí cómo la tierra bajo de mi se movía con un inusitado poderío, una fuerza que nunca antes había sentido. Era un terremoto. Me sostuve a mis amarras de manera enérgica, pero el movimiento era furioso. El incontrolable movimiento desatado me sacudía de un lado a otro y veía cómo las calles se movían de arriba abajo y algunas incluso se agrietaban, apareciendo en ellas cráteres hambrientos, deseosos de tragarse todo aquello que los alcanzara. A mis pies escuchaba a la gente gritando de manera desgarradora y corriendo desesperada, todavía somnolientos por este abrupto despertar, sin entender todavía mucho. Sonaban las alarmas de los autos, de las casas, se escuchaban cómo algunas edificaciones se desmoronaban. Eran unos crujidos ensordecedores.

De un momento a otro el pueblo quedó a oscuras, y sólo aquellas estrellas que había estado disfrutando con anterioridad iluminaban el infernal escenario. Era tan duro el movimiento, que la casa a mis pies no aguantó y cayó sobre mis hombros. Mientras caía, una tabla astillada rasgó mi pecho, lo que no sentí sino hasta después. Aterricé en un charco de barro presionada por aquellos kilos que cargaba a mis espaldas. Qué pesado era todo eso.

El zigzagueo continuó unos pocos segundos más y luego todo volvió a un silencio sepulcral. La madre naturaleza había descargado toda su energía contenida. O al menos eso pensamos. Con el correr de los minutos empecé a escuchar nuevamente voces de desesperación y gritos horrorosos, como aquellos que uno escucha en sus peores pesadillas. Pero ahora no estaba soñando, aún cuando pareciese todo como un muy mal sueño. Eran voces de personas pidiendo ayuda, buscando a algún familiar perdido en aquella tenebrosa oscuridad, que, víctima del pánico, salió corriendo en cualquier dirección. Sentía cómo la gente corría por mi lado pero nadie me ayudaba, nadie me

escuchaba. Unos instantes después escuché cómo algunas personas gritaban algo respecto al mar y que todos se fueran a un cerro. No necesité entender todas sus palabras para comprender que se trataba de un tsunami. Estaba sepultada a unos pocos kilómetros de la costa, por lo que pensé lo peor. Mi hora había llegado. Sentía cómo el agua embestía a unos pocos metros de distancia, devorándose todo lo que encontraba a su paso sin encontrar resistencia alguna. Era sólo cosa de tiempo que la marea llegara hasta donde estaba yo. Sentí que el agua mojaba mi rasgado torso una y otra vez, pero por suerte no llegó con tanta fuerza hasta donde yo estaba.

Pasaron horas y yo ya había perdido completamente la esperanza de salir de allí. Empezaron a llegarme los primeros rayos de sol que me despertaron. Habían pasado varias horas desde el terremoto. Nunca antes había sentido algo así, algo que me hiciera sentir tan pequeña e insignificante. Pensé que por la fuerza todo se había venido abajo, que el país entero se encontraba en el suelo. Escuchaba a gente llorando cerca de mí, incrédula todavía por lo sucedido y rogaba que me rescataran, pero nadie me podía escuchar. Luego de un rato, que me parecieron años, sentí que alguien removía maderas sobre mis hombros preguntando si es que había alguien allí. Nada podía hacer yo más que rogar para que me encontraran debajo de los escombros. Los sentía tan cerca de mí. Me empezaron a llegar más rayos de sol, lo que sólo podía significar que estaban cerca. Casi podía abrazar sus voces cuando sentí que me tocaban. Volver a sentir ese tacto humano me estremeció. Sentí a un hombre que me levantaba lentamente y con mucho cuidado. Yo seguía confundida y sin entender mucho.

- ¡Hey! - gritó una persona. - ¡Hey! ¡Sostenla más en alto!

Escuché un ¡Click! y un rayo de luz brillante me cegó; ¡Click! y otro fuerte rayo de luz me golpeó nuevamente en mi cara. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué me están haciendo? Una vez que los destellos cesaron, me empecé a reincorporar de manera muy lenta dadas mis

heridas y me di cuenta de que aquella persona que me había rescatado me estaba ahora sosteniendo mientras otro nos fotografiaba. Pero, ¿por qué me estaban fotografiando? Quién me rescató me llevó de vuelta a su casa. Con el correr de los días empecé a ver mi fotografía en cada diario y canal de televisión. No sabía por qué, pero me había transformado en toda una celebridad. Incluso, me sostuvieron las poderosas manos de la Presidenta y veía que cada persona me miraba con orgullo y emoción como si yo fuera el bastión del renacer.

Una vez terminados todos estos actos protocolares que en muchos casos pecan de frívolos, volví a mi pueblo y vi como todo se había venido abajo. Fue como estar en el mismísimo pandemónium. Lo que observé aquel día fue devastador. Vi como casas completas, que con tanto esfuerzo habían erigido algunas familias se habían venido abajo en cuestión de segundos, como una torre de naipes. Presencí como muchas familias perdieron a alguno de sus miembros, y como durante días iniciaban la más dura vigilia, frente al mar, esperando que éste les devolviera a un padre, a una madre, a un hijo o a un amigo, todos ellos sostenidos por una esperanza ilusoria, alimentada por la tristeza y la desesperación. Observé como muchos de mis compatriotas se quedaban inertes, con sus miradas vacías, sin expresión, como si estuviesen muertos al ver tal destrucción. Pero vi en otros, esperanza, fuerza, voluntad y deseos de salir adelante. Era el momento de la unión...

Han pasado algunos meses y algunas de mis hermanas me miran ahora con admiración, otras con envidia. A la gran mayoría las cachetea el viento del anonimato, ese viento mudo, egoísta, frío. A mí me acaricia el viento cálido de la esperanza, de la unión, del renacer. Ayer era una simple tela. Hoy soy un símbolo...

Tongva

